



Andos": Dos relatos

Casi entra la letra con sangre

Carlos Fuentes es un hombre sabio, pues no sólo aplica al pie de la letra los consejos de Tito Monterroso acerca de las sillas, los taxis, las camas, etcétera, sino que además se culpa del desgaste que puede producir en un invitado de honor a la Feria del Libro Hispano de Providence, Rhode Island, la inagotable capacidad de Melquiades Astutillo para organizarle a uno actividades que, por decirlo de alguna manera, no estaban en el contrato, pero que luego uno desempeña con tanto interés, tanto sentimiento y tal desprendimiento que, la verdad, al final uno mismo ya ni se reconoce. Porque yo fui a hablar sólo una vez en la Feria y a firmar unos libros, si es que algún peruano se acordaba de un tal Bryce Echenique, cosa bastante improbable con la espalda mojada, pero, al igual que Luis Rafael Sánchez y Sergio Velez Maggiolo, terminé hablando en público y dando entrevistas hasta dormido mientras que, cada vez que Melquiades Astutillo nos venía con una de las suyas, Carlos Fuentes simple y llanamente no era habido. Créanme que esto es algo realmente admirable, amén de envidiable, pues revela un instinto de conservación muy por encima de la media humana y divina cuando el perseguidor es ese chilleno fornido y rural, detestable cuando se acerca con una idea nueva, e inolvidable cuando, contra viento y marea la pone en práctica, la comparte, la reparte, y hace que rinda frutos destinados a aquel mundo hispano, todo ello con el mayor desinterés que he visto en el mundo.

Al final salí de Providence con llaves de cuanta institución existe en el estado de Rhode Island, el más chiquito de Usamérica, y también el más agotador y el más entrañable, porque ahí vive, entre otros, ese Melquiades chileno. En lo de las llaves, la única excepción fue la de la Universidad de Rhode Island, tal vez porque su presidente era poeta y se solidarizó con los novelistas o tal vez porque era un hombre con sentido práctico y pensó que no habría llavero en el mundo que pudiera con tanta llavezón. En fin, que lo suyo fue regalarnos, en metal doradito pero que conserva el brillo, la fachada de la inmensa universidad. Yo noté que Astutillo, desconcertado al ver el cambio, se le acercaba fornido y rural, y como quien viene a reclamar con iracundia la llave de la puerta de la fachada de la universidad, señor presidente.

Me le fui encima con tanto amor fraternal, en mi afán de detenerlo, que hasta hoy la gente en Providence se sorprende al recordar el inmenso parecido que existe entre el escritor peruano Alfredo Bryce Echenique y la española cuando besa. Y además, en su caso, uno nunca se siente obligado a nada con ese escritor que jamás se sienta, como Fuentes o Monterroso, a cada rato. Hasta que claro, una noche, a las cuatro de la madrugada, molesta a media humanidad gritando que ya no le traigan una silla, porque es demasiado tarde, sino que le traigan a un médico de apellido Monterroso, que ahí nadie conoce.

Pero, en fin, eso pasó varias semanas más tarde y no nos adelantemos a los acontecimientos, aunque ya hayan pronunciado sus brillantes discursos ante la comunidad hispana de Providence, Carlos Fuentes y Marcio Velez Maggiolo. Pero falta al happy ending fértil y también la mañana aquella en que casi nos asesinan a los escritores y al investigador social Francis o Francisco Chapman, de color ébano y simpatía todo terreno, en el Central High School, una de esas junglas de asfalto escolares con ensaladera de comunidades y todas las sangres confrontadas, por no decir enfrentadas, y con unos profesores, como el propio Astutillo o como el cubano Álvarez, "experto en disciplina", que ahí se juegan la vida a diario y que van de un lado a otro con un walkie-talkie destinado

a la comunicación permanente con el mundo civilizado, y al SOS, y que no sé qué demonios hacen pero lo cierto es que aquella mañana estaban logrando que los alumnos se mantuvieran calladitos un tiempo récord.

Carlos Fuentes no había sido habido, con toda la razón y todo el derecho del mundo y el amigo Chapman nos presentó con todo el tacto y toda la brevedad del mundo, o sea con el conocimiento de causa de quien vive en Providence, y Luis Rafael Sánchez fue breve y habló precioso y directo al corazón de los bajos fondos, porque los conoce de ese mundo tan suyo de sus libros maravillosos. Después me tocó mi turno y también hablé precioso y directo, con plagio y todo, porque el miedo obró esta vez el milagro de que no me dolieran los pies mientras me dirigía al inmenso salón, parado detrás de una silla y una mesa y dispuesto a agazaparme a fondo al menor disparo.

Desgraciadamente, Sergio Velez Maggiolo fue el más sincero de todos. Demasiado sincero y largo, en realidad. Y tan largo y sincero que casi nos matan a todos por su culpa cuando soltó -ante unos adolescentes que de historia no saben nada y para los que el pasado, presente y futuro se limita a algún Miami Vice cualquiera en la televisión- el siguiente horror: "En 1952, cuando publiqué mi primera novela..."

No logró decir ni el título de su primera novela porque ya la adolescencia entera, que aquí sí, unida jamás será vencida, se sanaguó con santería dominicana, cubana, puertorriqueña el más primitivo alfabetismo familiar, en muchos casos, y a unisono le gritó, sin duda a Changó y a los de su reino en ese mundo con esclavitud en el Caribe y tambor africano:

-¡Balabú! ¡No son escritores! ¡Son momias!

Luis Rafael Sánchez y yo nos dimos por muertos, pero el profesor Álvarez se bastó a sí mismo, díganos, alzando amenazadoramente tu walkie-talkie, como si tuviera una metralleta chip adentro, y desorbitando unos ojos de loco que disparaban ráfagas de suburbio y fango. Increíble, pero Guagancó y los suyos aplacaron instantáneamente sus iras brujas, y nos miramos con cara de por un pelo los invitados de honor a la V Feria del Libro Hispano, mientras Luis Rafael Sánchez me comentaba al oído:

-Jamás se dice la edad ni la fecha en estos casos, Alfredo. Gracias a Dios, todo transcurrió con nula peligrosidad en las otras actividades "fuera de programa" organizadas por don Luis Astutillo, alias Melquiades Astutillo. Fue muy agradable, por ejemplo, el encuentro con los alumnos de Rhode Island College. Fuimos muy aplaudidos por los alumnos de origen y nostalgia latinoamericanos y caribeños, que en los Estados Unidos caen en el saco roto llamado "hispano". Hasta nos prepararon un almuerzo "a la peruana", fuera de hora y programa, desgraciadamente. Y ya conté que en la universidad estatal hasta se nos regaló una fachada.

Alfredo Bryce Echenique. Narrador peruano, 1939.

Boll: "Sólo soy un payaso que colecciona momentos".

Regreso al hotel casi dormido, como quien descubre que ésa es la mejor manera de decirle adiós a ciertas personas y a ciertas situaciones y que el nombre y los rostros de los seres queridos que surgen en ráfagas de afecto desde que llegué a Caracas, desde la noche en casa de Inés, con Alexis y Teresa y sus amigos, o en la tarde en que se le incendió el carro a Juan Carlos, o en el almuerzo de ayer, o anoche y esta madrugada en el Underground, y hasta hace unos momentos en El Hatillo, todos esos nombres y rostros son sueños, sueños son...

Me he reservado para mi último almuerzo la compañía de Julio Ortega, de Claudia, su esposa, y de Kara, la hijita de ambos, que corretea alegremente por el comedor del hotel y disfruta con el libro infantil que le he regalado. Después llegan Juan Carlos Méndez y Marisa, su esposa, que ese día cumplen un año de casados. Y la mesa se completa con Maritza Jiménez, del Consejo Nacional de Cultura. He pasado sólo dos días sin ver a esos amigos pero, la verdad, la impresión que tengo es la de volverlos a encontrar al cabo de un largo viaje cuyo itinerario jamás sabría contarles y del que algún día, tal vez, sepa escribir un par de cosas.



José Luis Cuevas -El doctor Blonquist y sus enfermos

Estoy sentado al fondo de un avión y acerco la cara a la ventana. Abro y cierro los ojos para ver un chispazo de Nueva York o de Providence y abro y cierro los ojos para ver un chispazo de Santiago de Chile y vuelvo a hacer lo mismo para capturar un instante de Guadalajara y otro de Caracas. Siento que Madrid y mi casa quedan lejísimos y siento que me ahogo. Recién ahora siento que me ahogo y recuerdo cuando el médico peruano de telenovela venezolana me diagnosticó un enfisema en el fondo del ojo. Me burlo de mí pensando que a lo mejor el bendito enfisema ese lo tengo en el fondo del alma y que en este caso mi compatriota ensortijada de sienes televisivas no anduvo tan lejos de un gran acierto. Pero todavía estoy bastante más cerca de Providence y de Nueva York y de Santiago y de Guadalajara y de Caracas, que de mi casa, y no debo decir, entonces, como Hemingway: "Había amado demasiado, había pedido demasiado, y lo había agotado todo".

Debo decir, en cambio, como Sobradito de Tigre: "El placer ha sido muy sumamente demasiado grande".